

**SEGUNDA PONENCIA**

**ÉTICA DE LA COMUNICACIÓN**  
**(DIAGNÓSTICO CRÍTICO Y TERAPIA EDUCATIVA)**

GABRIEL GALDÓN LÓPEZ

---

PROFESOR DE DOCUMENTACIÓN

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN  
UNIVERSIDAD ANTONIO DE NEBRIJA (MADRID)

El tema que se nos propone, debido a su enorme amplitud conceptual, tiene, al menos, catorce perspectivas de análisis. Elegiré sólo una, tras tener en cuenta el contexto de este Congreso y, especialmente, el público al que está destinado. La formularé mediante una pregunta clara: ¿La praxis habitual de los medios de comunicación favorecen una reflexión sobre los temas éticos, y sirven para aumentar la preocupación y la acción ética de los ciudadanos? Si la respuesta no fuere afirmativa o, al menos, no lo suficientemente positiva, podríamos preguntarnos también qué medidas podrían adoptarse para paliar, desde una perspectiva educativa, esa situación. De ahí que haya acotado el título de la ponencia con un paréntesis significativo y, a pesar de la indole médica de los términos, preciso.

El resumen neto del diagnóstico, que contesta de modo global a la pregunta inicial, puede formularse así: El modo habitual de proceder informativamente cercena las posibilidades de reflexión ética, mientras que la hipermercantilización de los medios está contribuyendo a un retroceso ético en la sociedad.

Es decir que, por continuar con la metáfora médica, el diagnóstico es muy grave. Pero, ¿en qué consiste la enfermedad? ¿Cuáles son sus causas, sus síntomas y sus efectos?

Hay una causa radical -de raíz- de orden epistemológico, que consiste en la renuncia apriorística que la mayor parte del Periodismo hace a buscar la comprensión cabal de las acciones humanas libres; a enjuiciar la realidad desde la inteligencia crítica... Como se sabe, el Periodismo moderno nació en una atmósfera de marcado acento positivista. Y el positivismo niega de raíz la posibilidad de alcanzar la verdad en todo aquello que no sea materialmente mensurable. En ese terreno que excede a las medidas materiales no cabe más que la mera opinión. Y ni siquiera se puede decir qué opiniones son mejores o más acertadas. Por lo que el Periodismo nació y se desarrolló con una esquizofrenia constitutiva: Por una parte, los hechos, cuya descripción debe ser exacta. Por otra, las opiniones, para las que se pide la máxima libertad. Tal visión cristalizó en un famoso aforismo: Los hechos son sagrados; las opiniones, libres<sup>1</sup>.

Comentando este aforismo, González Gaitano escribe: Cabe preguntarse, por ejemplo, si tal sentencia es un hecho o una opinión. Desde luego ha sido tomada como un hecho incontestable, *sagrado*, que ha inspirado los modos de hacer de la información periodística. Si se trata de una opinión, cosa más que probable pues como tal está formulada, será tan libre como su contraria: *los hechos no son sagrados, las opiniones no son libres*, al menos si hacemos caso al segundo juicio de la máxima -*las opiniones son libres*-; con lo que nos quedamos a oscuras acerca del valor de la máxima. (...) La coherencia que exige el positivismo implícito en la fórmula no autorizaría más que a decir: *Los hechos son los hechos, las opiniones son las opiniones* (...) Ciertamente puede afirmarse que las opiniones son libres, pero ese no es su estatuto más radical. Su estatuto es que pueden ser verdaderas o falsas. Así, de este rutinario principio del periodismo podemos decir no sólo que es incorrecto, sino que es falso<sup>2</sup>.

No es este ni el momento ni el lugar adecuados para demostrar fehacientemente el por qué de esa falsedad. Pero sí el de mostrar algunas de las consecuencias que ese planteamiento ha tenido en el proceder periodístico y lo que esa práctica habitual ha traído consigo.

Hasta hace bien poco ha sido un dogma incontestable que el informador debe presentar, incluso tipográficamente diferenciados, los hechos por una parte y las valoraciones subjetivas por otra. La información debe ser neutra, no valorativa. Los adjetivos calificativos no son propios de una información objetiva... Lo cual ha conducido a una visión parcial y superficial de la realidad, a una acumulación informativa de hechos sin sentido, a la omisión de lo esencial y a la sacralización de la opinión. Y, en definitiva, a un relativismo rampante<sup>3</sup>.

Intentaré explicarlo al hilo de una historieta que he contado en otro lugar<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Aforismo que se ha convertido en un lugar común. Su autor es C.P. SCOTT, y lo publicó en el Manchester Guardian el 6 de Mayo de 1926.

<sup>2</sup> GONZÁLEZ GAITANO, Norberto (1997): *La interpretación y la narración periodísticas*. Pamplona, p. 17.

<sup>3</sup> Vid. un amplio estudio de esos efectos desinformativos en GILDÓN LÓPEZ, Gabriel (1994): *Desinformación. Método, aspectos y soluciones*. Pamplona: Euna, pp. 27 a 69.

<sup>4</sup> Cfr. GILDÓN LÓPEZ, Gabriel (1996): *Cómo solucionar los problemas familiares*. Madrid: Palabra, pp. 9 y ss.

Hace unos años me contaron que una niñita de Madrid salió a hacer su primera excursión al campo. Tenía ocho años y sólo conocía la gran capital, y el coche, la carretera y Benidorm en Agosto. Lógicamente, se quedaba admirada de todo lo que veía. Pero su admiración llegó al culmen cuando, entusiasmada, gritó: "Mirad, mirad, un dinosaurio". No había en ese páramo un anuncio de la película de Spielberg. Lo que estaba mirando nuestra encantadora niña era una vaca. Sí, una hermosa vaca. Con su mirada bobalicona, sus cuernos, sus "cuatro patas muy largas que le llegan hasta el suelo" -según rezaba la letra de una antigua canción de broma-, sus ubres bien llenas, su rabo para espantar las moscas... Y así se lo hizo ver con cariño la maestra, quien le explicó que la vaca era un animal (...) que nos proporcionaba carne y leche para nuestro sustento. Pero la niña, ahora ya menos encantadora, se empeñó en que aquello debía ser un tipo de dinosaurio, porque en la tele había visto unos muy parecidos y, además, a ella le gustaba más que fuese un dinosaurio.

Entonces, la buena maestra, armándose de paciencia, intentó empezar de nuevo la explicación, que ahora se hacía más necesaria, ya que tenía que hacerle ver a la alumna, adecuándose a sus pocos años, cuestiones tan importantes para su formación como que las cosas no son lo que a nosotros nos gustaría que fuesen, que una cosa era la realidad y otra el cine y la televisión... Pero otra maestra, la de dibujo, le recriminó su proceder, nada más comenzar su explicación. "Ay, hija, ¡qué plasta y retrógrada eres! Deja a la pobre chiquilla en paz. ¡Qué más da que sea una vaca o un dinosaurio!" Y, cogiendo de la mano a la pecosilla impertinente, se volteó, se dirigió al resto de los alumnos y, con aire de triunfadora, les dijo: "Ea, queriditos, vamos a dibujar aquella vacasaurio!"

Este episodio es un reflejo sintomático y paradigmático (aunque no del todo completo) de lo que ha ocurrido en nuestra sociedad. Como hay gente que dice que una cosa no es eso que dicen otras, y a veces tal situación ha generado graves conflictos, lo mejor será -pensaron algunos pseudo-filósofos de cuyos nombres no quiero acordarme- que tratemos de imponer el principio de que todo es relativo... Que las cosas no son lo que son sino lo que cada uno piense que son. Y, a la postre, lo que cada uno quiera que sean en cada momento, de acuerdo con sus intereses y gustos.

La actitud de la maestra condescendiente es la del relativismo -teñido de sentimentalismo- que conduce a no importarle la verdad ni el bien de las personas sino la "política de consenso", el pasárselo bien en cada momento, el éxito a corto plazo..., aunque para ello haya que inventarse la realidad y denigrar a las personas e instituciones que predicaban una verdad... Y esa es la actitud de la mayoría de los medios de comunicación.

Lo peor del relativismo no es que sea intrínsecamente absurdo; que sea, como decían los clásicos, una *contradictio in terminis*, ya que si se expresa que "todo es relativo" se está diciendo al mismo tiempo que ese principio no es relativo, es una verdad. (Así sucedió, por poner un solo ejemplo, que cuando Sartre acabó de explicar en una de sus clases, con todo género de argumentos que la verdad no existía, una alumna, enardecida, se levantó y gritó: "qué gran verdad es esa, maestro".)

No. Lo peor del relativismo es que ha sido y es el instrumento, el placebo, la vía que, a través de su implantación en las estructuras y contenidos de los medios de comunicación, ha logrado que se produzca en la sociedad una *involución* de la percepción natural de las cosas, de los valores y comportamientos naturales hacia una realidad artificial establecida por los grupos que tienen el poder económico y que, por adquirir más poder y riqueza, está degradando la naturaleza del hombre y de la sociedad.

Sería enormemente prolijo -repeto- enumerar todas las estructuras y contenidos "mediáticos" que contribuyen a esa degradación. Pero les prometí hablar de unos cuantos. El primero es la enorme acumulación de informaciones diarias sobre miles de hechos sin jerarquía, valoración, ni profundidad. La enorme cantidad de noticias, datos, declaraciones y opiniones que se vierten diariamente produce en el público la sensación de que se habla de todo, de que se recogen todas las opiniones, de que se pone a su disposición un gran caudal de conocimientos y posibilidades. La gran variedad de medios hace que se tenga la sensación de poseer una casi ilimitada libertad de elección. El tipo de presentación objetivista y la propia propaganda de los medios

cerca de la objetividad propia hace que el público piense que esas informaciones corresponden a la realidad de las cosas (salvo, claro está, en aquellos casos en los que se informa de algo que uno ha vivido o conocido directamente, donde indefectiblemente se suelen comprobar dolorosos errores o tergiversaciones de bulto). Se crea así una ilusión de conocimiento y libertad.

Ilusión que es muy *ilusa*. Como ha demostrado el investigador norteamericano R.S. Wurman<sup>5</sup>, lo que se produce realmente es una **infolución**. Una saturación de informaciones innecesarias, fragmentarias, triviales, morbosas e interesadas -la mayor parte-, que nos impiden respirar bien, es decir, ocuparnos y reflexionar sobre lo que realmente importa. De ahí que ese mismo autor haya dicho que si Orwell hubiera escrito 1984 ahora, el personaje maléfico no diría "destruid la información" sino "inundad a la gente con información y pensarán que son libres. No se la neguéis. Proporcionadles más". En efecto, esa infolución lo que ha hecho es reeditar en versión moderna el bíblico problema de la Torre de Babel.

Además de esa enorme cantidad de noticias escuetas que nos proporcionan una información no significativa, lo que aún distingue más a la información periodística es la hiper-inflación de la opinión.

En el campo de las ciencias experimentales y empíricas todavía se conserva un respeto por los hechos, pero en los temas culturales, antropológicos, éticos o religiosos, o en cualquiera que tenga una relevancia política, todo se convierte en opinión. Ya decía Hobbes que si el hecho de  $2 + 2 = 4$  adquiriese relevancia política, en ese mismo instante surgiría una facción para negarlo... Y entonces la prensa se sentiría en la obligación ineludible de darle cabida, ya que en un principio todas las opiniones valen lo mismo por muy irracionales y absurdas que sean.

Imaginemos por un momento que el episodio de la vaca y el dinosaurio, por arte de birlibirloque, adquiere una relevancia política. Y que allí va un periodista para informar. Este, en vez de estudiar qué es aquello y descubrir, por consiguiente, que es una simple y hermosa vaca, y que lo del dinosaurio es una ilusión y un capricho, y lo de la vacasaurio una estupidez supina, redactará una información del siguiente tenor:

"Polémica en torno a un misterioso animal aparecido en la Sierra de Madrid"...

Tras ese titular vendrá el *lead* y, luego, el cuerpo de la noticia. En él se recogerán todas las opiniones... "Pepita Fernández, maestra de dibujo, afirma que en realidad se trata de una vacasaurio, ejemplar que, según ella, existe desde hace muchos años y se puede ver también en otros lugares de la geografía española (...) Para Concepción López, maestra de Literatura, se trata de una simple y vulgar vaca (...). La mayoría de las alumnas se decantan por la opinión de Pepita Fernández, aunque hay algunas que creen que en realidad es un dinosaurio pequeño. Entre las que sostienen esta última opinión se encuentra Jessica, de tan sólo 8 años, pero muy madura para su edad, la cual..."

Soy consciente de que todo esto les puede parecer una broma, pero ¿qué les parece este otro titular?: "Entre cinco mil y quinientas mil personas en la manifestación de ayer en Madrid". Pues este es real. Y fue recogido -era noticia de agencia- por una veintena de periódicos<sup>6</sup>.

¿Y qué decir de la proliferación de tertulias y debates radiofónicos y televisivos donde siempre están los mismos, que parecen saber de todo por el mero hecho de ser amigos del presentador o conductor? ¿Y qué acerca de la manía de preguntar en la calle, a voleo, cuestiones que lo que hay que hacer es estudiarlas previamente?...

El hecho es que entre unos y otros han logrado que se produzca en la mente de la mayoría de los ciudadanos un paupérrimo relativismo moral y cultural, rayano en la "cutrez", que, junto a una *erudita ignorancia*

<sup>5</sup> En *Information Anxiety*, New York, 1989.

<sup>6</sup> Y eso que era un acontecimiento mensurable. Pero es tal la rutina de buscar opiniones en vez de investigar la verdad que el periodista no midió desde dónde hasta dónde llegaba el público, ni calculó cuantas personas iban por metro cuadrado... Era más fácil preguntar a los organizadores y al portavoz de aquellos contra los que se dirigía la manifestación. Como ambos fueron un poquitín exagerados...

(permítaseme el oxymoron) y una dejación del pensamiento, constituye -como han demostrado muchos pensadores serios y cabales- una de las características definitorias de nuestra sociedad.

Creo que merece la pena resumir algunas de estas explicaciones, aunque el discurso se torne algo más arduo. (Hay que dejar descansar a la vaca).

En efecto, "en las sociedades industriales avanzadas -afirma el filósofo Alejandro Llano- se da, por un lado, una concepción estricta y exigente de la objetividad, entendida en términos científicos, y, por otro, el subjetivismo, la arbitrariedad, el irracionalismo. Pues bien, estos dos aspectos no son más que las dos caras de una misma moneda. Cuando la objetividad se reduce hasta el punto de considerar que sólo es objetivo lo científico, lo fáctico, entonces el mundo humano se torna opaco, irracional, arbitrario. Es perfectamente posible ser científico e irracionalista a la vez (...). Es posible mantener exigencias positivistas para el ámbito de la ciencia, de la economía, etc., y planteamientos irracionalistas para el ámbito de lo que se llama *cultura*"<sup>7</sup>.

Irracionalidad que supone (aunque no sólo eso) un abandono del pensamiento, por parte de intelectuales e informadores, y que conduce, en primera instancia, a una desorientación generalizada en la sociedad respecto a lo que ocurre en el mundo. En la sociedad de la infopolución de los *multimedia* y de la telemática, del acceso directo, visual, instantáneo, universal, vía satélite, a la información, el estado general en que nos encontramos es de desorientación.

No es este el lugar para describir los diversos pasos y ámbitos recorridos por esa espiral descendente de la razón humana, que va desde la natural preocupación por las cuestiones últimas y supremas que explican el sentido del vivir y del morir, hasta la rala ocupación en conocer superficialmente miles de hechos y opiniones<sup>8</sup>. Pero sí es menester dejar constancia que tal abandono del pensamiento no sólo ha impedido dar razón cabal de esos hechos y de su sentido para el hombre, sino que también ha producido un deterioro en el hábito de pensar y un conformismo en la inteligencia, según pusiera de manifiesto ya hace unos años, entre otros, el gran filósofo E. Husserl<sup>9</sup>. Tal degradación se ha reflejado poderosamente en nuestra sociedad según han puesto de relieve -desde perspectivas y modulaciones muy diversas- D. Bell, G. Debord, A. Finkelkraut y G. Lipovetsky<sup>10</sup>.

Ese deterioro puede ser observado diariamente en cualquier coloquio de televisión o en cualquier encuesta en la calle. La ausencia de rigor, de un mínimo sentido de la realidad, de una inducción o deducción lógica, etc., son tan notorias que no es extraño que los que todavía piensan se escandalicen.

Además, con la inflación de la opinión y su desconexión con la realidad se provoca una nueva espiral geométrica hacia una ilusoria libertad, ya que ésta, al no sustentarse en la búsqueda de la verdad, se convierte en mero interés propio que no tiene en cuenta ningún límite impuesto por la atención al bien o a la justicia. ¡Qué lejos quedan las preocupaciones éticas!...

Ante todas estas afirmaciones rotundas, algunos de Ustedes estarán pensando que exagero; que en los medios de comunicación sí que aparecen y se defienden muchos valores... Cierto. Pero les respondo con el historiador norteamericano John Sommerville: "En efecto, tenemos muchos valores. El problema es que no estamos de acuerdo en ninguna *escala* de valores. Necesitamos una jerarquía de valores para poder decidir con lógica cuáles deben prevalecer sobre otros. Tiene que haber unos superiores a otros; de lo contrario, todos formarán un revoltijo que no servirá de guía para la acción.

"Lo que hoy ocurre es que la prensa absolutiza cada valor, pero sólo durante un momento. Por *absolutizar* queremos decir que todos los otros valores se convierten en relativos y subordinados a ese. La prensa da la voz de alarma sobre el problema que está teniendo un grupo de la población. Pero en la información no hay

<sup>7</sup> LLANO, A. (1988): "Filosofía del lenguaje y comunicación". En *Filosofía de la comunicación*. Pamplona: Eunsa, p. 91.

<sup>8</sup> Aunque no me resisto a citar el vaticinio poético y profético que hiciera T.S. ELIOT en su obra *The Rock*. El coro repetía: "Where is the wisdom we have lost in knowledge? Where is the knowledge we have lost in information?..."

<sup>9</sup> Cfr. E. HUSSERL: "Die Krisis der Europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie". Husserliana, VI, 1969, pp. 4 a 7.

<sup>10</sup> Cfr. D. BELL (1986): *Vers la société post-industrielle*, Paris; G. DEBORD (1988): *Commentaires sur la société du spectacle*, Paris; A. FIENKILKRAUT (1987): *La défailte de la pensée*, Paris; y G. LIPOVESTSKY (1986): *La era del vacío* y (1988) *El imperio de lo efímero*. Barcelona.

espacio para valorar los derechos y necesidades de ese grupo en relación con otras necesidades materiales o exigencias legales, o frente a los derechos de otros grupos que pueden entrar en competencia. Más bien, la prensa absolutiza -por el momento- un grupo o valor particular, y silencia a todo el que podría poner pegos.

"Ahora que estamos en una cultura secularizada -continúa Sommerville-, podemos absolutizar el valor que queramos, uno distinto cada semana. Es curioso que un medio que tiene un efecto relativizante sobre nuestra actividad mental se dedique a absolutizar valores de ese modo. Pero es algo momentáneo. Mañana habrá otra información que acongojará nuestros corazones con otra cosa. Las noticias no necesitan disuadirnos de una preocupación anterior. La prensa de cada día nos ha habituado a olvidar la preocupación de la semana anterior. Al centrarnos en las noticias estamos entrenados para vivir en el **Presente Absoluto**"<sup>11</sup>.

Una sociedad mayoritariamente acrítica, sin memoria, e inmersa en el relativismo es una sociedad manipulable a la que se puede conducir gregariamente. Y esto es lo que sucede. Y a esto han colaborado y colaboran muchos medios de comunicación, debido a su positivismo y relativismo.

Al mismo tiempo, la sustitución de la verdad por el interés como criterio dominante, unido a la consideración de la información como consumo en una sociedad de consumo, tiene como consecuencia directa un frenético utilitarismo de modas pasajeras -que conlleva auténtica aversión por las cosas de uso duradero-, y una teología del éxito como valor supremo y, por tanto, como fundamento de la acción.

Lo cual, a su vez, lleva a otro resultado: a una sociedad cada vez más inestable, inmadura, y sometida a los dictados de los que detentan el poder y, entre ellos, de los creadores -económica e ideológicamente interesados- de las modas pseudo-culturales, los cuales -sabedores de que la opinión miope de muchos suele ser determinada siempre por la impresión del último instante- utilizan a su conveniencia la magnífica "estructura" que le proporciona la mayor parte de los medios de comunicación.

Como esa "estructura" enmascara su cualidad persuasiva bajo la apariencia de asepsia y objetividad, y, debido a la rápida, constante y múltiple sucesión de mensajes informativos, arrebatada a los individuos su tiempo vital, se impide con una nueva forma el apercebimiento de los ciudadanos sobre su pérdida de libertad. Y se llega así a una sociedad manipulada e ignorante de su propia situación.

Hasta aquí el diagnóstico crítico. Breve y rotundo. Y, por ende, necesariamente incompleto, tanto por los otros muchos ámbitos y aspectos negativos que no ha lugar ni tiempo de exponer<sup>12</sup>, como por la omisión del relato de lo que podríamos denominar "buen Periodismo" y por dejar de mencionar que existen algunos estupendos medios de comunicación<sup>13</sup>.

Valga este excurso para hacer justicia a la realidad, y pasemos ya a exponer las posibles medidas terapéuticas, centrándonos principalmente en el ámbito educativo.

Pues bien, todos sabemos que la cúspide del sistema educativo es la Universidad. Y que existen Facultades de Ciencias de la Comunicación. Pues bien, como he mostrado en mi último libro<sup>14</sup>, ya es hora de que se parta de unos conceptos claros, precisos y verdaderos de lo que son los diversos ámbitos de la Comunicación. Ya es hora de saber cual es, por ejemplo, la verdadera naturaleza del Periodismo, así como su objeto y finalidad específicos. Y deducir de ahí las cualidades intelectuales y morales que deben tener los periodistas para ejercer cabalmente su importante función al servicio de los ciudadanos. Y, a partir de ese conocimiento, vertebrar y organizar la actividad docente teniendo en cuenta que nadie da lo que no tiene, es decir, que hay que formar un cuerpo de profesores aptos y verdaderamente idóneos... Tarea que constituye una especie de revolución. ¡Hay tanto que cambiar! Pero que es imprescindible, urgente y necesaria.

<sup>11</sup> John SOMMERVILLE: "Why the News Makes Us Dumb". En *First Things* 16, Octubre de 1991, p. 23.

<sup>12</sup> No hemos hecho referencia, por ejemplo, a la influencia de la Televisión como medio ni a algunos de sus productos claramente denigrantes. Ni tampoco a la manipulación consciente. Ni a la Publicidad...

<sup>13</sup> Vid. una síntesis histórica de varios tipos de "buen periodismo" en G. GALDÓN: *Desinformación...* Op. cit. pp. 85 a 132.

<sup>14</sup> Cfr. G. GALDÓN (1999): *La enseñanza del Periodismo: una propuesta de futuro*. Barcelona: CYMS.

Pero Ustedes están, mayoritariamente, en otro escalón del proceso educativo. Así que la pregunta fundamental que hay que contestar es: ¿Qué se puede hacer desde la enseñanza primaria, secundaria y pre-universitaria?

Pues nada más y nada menos que ser los actores principales en la tarea de satisfacer una de las necesidades más acuciantes que, como se puede deducir de lo dicho hasta ahora, tiene la sociedad: la de educar a las personas que forman la ciudadanía en el sentido crítico, movido por la búsqueda de la verdad, y enroncado en su propio sentido personal, ético y cívico, que les lleven a buscar y solicitar activamente la información que precisen para cumplir sus fines personales y sociales; a distinguir lo verdadero de lo falso, lo importante de lo intrascendente, lo perdurable de lo efímero, lo que es bueno para los hombres y la sociedad y lo que les perjudica; a dialogar sobre los textos...

Ya van a hacer 30 años desde que un filósofo de la educación español, José Antonio Ibáñez Martín, escribió un artículo titulado clara y significativamente: *El sentido crítico, objetivo de la educación contemporánea*<sup>15</sup>. El mismo autor y otros han incidido posteriormente en esta idea<sup>16</sup>.

Idea que también ha sido puesta en el candelero desde diversas instancias con autoridad epistemológica y moral. Así, una de las conclusiones más significativas de las jornadas de estudio de los setenta y cinco Premios Nobel reunidos en París en Enero de 1988 fue la de que "la educación debe ayudar a desarrollar el espíritu crítico ante lo que difunden los medios de comunicación". Y Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Christi fideles laici* (nº 44) afirma que "en el uso y recepción de los instrumentos de comunicación urge una labor educativa del sentido crítico animado por la pasión por la verdad".

La pregunta consiguiente sería: ¿y cómo realizar esa labor dentro de un sistema educativo basado en el positivismo, el relativismo y el sentimentalismo? Y en el que se ve con muy buenos ojos, e incluso se promueve y ensalza, a profesores como la que se inventó lo de la "vacasaurio"... La respuesta a esta pregunta exigirá todo un diseño político a medio y largo plazo que podría contemplar hasta el planteamiento de una "desobediencia civil, pacífica resistencia pasiva", a las leyes injustas. Pero no es este el lugar ni el momento de hacer estas propuestas.

Sí que lo es, sin embargo, para proponer una serie de métodos pedagógicos que ayuden a lograr ese necesario sentido crítico, al mismo tiempo que otras cualidades positivas de la persona.

Un método primordial es el *diálogo inductor de la reflexión*. Parece claro que si de lo que se trata es de forjar personalidades que sepan mirar, pensar y decidir no hay mejor camino que el diálogo. Así lo ha puesto de manifiesto la más avanzada pedagogía en conexión con los clásicos griegos<sup>17</sup>. Y es que, en realidad, sólo el diálogo inteligente y vital puede enseñar a saber y a saberse, y es el cauce principal de un aprendizaje activo, que requiere el uso de la inteligencia.

Pero ese diálogo no puede realizarse en el vacío ni improvisarse. Debe estar basado en unos fundamentos sólidos, en unos conocimientos compartidos. De ahí que debe fomentar y nutrirse materialmente del estudio de *textos fundamentales*.

Hay cuatro tipos de *textos fundamentales*: los clásicos de la Literatura y el Pensamiento; las obras contemporáneas que tratan con rigor los temas de actualidad; los libros básicos de cada disciplina; los mejores modelos y contramodelos informativos.

La lectura de los clásicos y el posterior diálogo con cada alumno, o con grupos pequeños, por parte del profesor, es imprescindible en la formación de toda persona. Pero su necesidad se acrecienta si cabe a la hora de forjar el sentido crítico y el sentido ético.

<sup>15</sup> En *Revista de Filosofía*, tomo XXVIII, 1969, pp. 77-93.

<sup>16</sup> Vid., por ejemplo, J. A. IBÁÑEZ MARTÍN: "La manipulación y el hombre contemporáneo", *Revista de Estudios Políticos* nºs. 195-196 (1974), pp. 209 a 220 y su libro fundamental: *Hacia una formación humanística* (1975) Barcelona; M. FRAGUAS (1985): *Teoría de la Desinformación*, Madrid, último capítulo; R. S. WURMAN: *Information Anxiety*, op. cit...

<sup>17</sup> Sería muy prolijo recoger aquí siquiera sea una mínima parte de la bibliografía que incide sobre este aspecto. Como resumen de gran parte de esas aportaciones, vid. M. ADLER: *The Paideia proposal*, New York, 1982, y el magnífico dossier informativo *La crisis de la educación (Nuestro Tiempo, IX-1985)*, pp. 26-45).

Umberto Eco, en la conferencia que impartió en el quinto Congreso de la Asociación Internacional de Estudios de Semiótica, celebrado en la Universidad de Berkeley hace unos años, afirmó de modo tajante que la lectura de los autores clásicos es el punto de partida de la educación. "La lectura de los clásicos -dijo después- es siempre fundamental (...) Es el eterno retorno al vientre materno. Es lo mínimo con lo que hay que empezar".

Este diálogo sobre los libros clásicos contribuye, por un lado, a apreciar la grandeza y a valorar y jerarquizar adecuadamente las diversas realidades; por otro, al fortalecimiento de la convivencia y de la amistad entre alumnos y entre estos y los profesores.

Eric Anderson, quien fuera durante años director de la famosa escuela inglesa de Eton, escribió en *The Daily Telegraph* (8.VI.94) un interesantísimo artículo sobre el primer aspecto.

"(...) Es especialmente preocupante el efecto anti-educativo de la televisión. Podría decirse que la influencia más insidiosa sobre los jóvenes no es la violencia, las drogas, el tabaco, el alcohol o la perversión sexual, sino nuestra afición a lo trivial y nuestra tolerancia con lo ramplón (...)

"Nosotros, compatriotas de Newton, Faraday y Darwin; herederos de la música alemana, de la pintura, la escultura y la arquitectura de Italia, de las ideas de los filósofos griegos y los profetas hebreos; los que hablamos la lengua de Shakespeare; nosotros parecemos contentarnos con dejar que nuestros hijos pasen sus años de formación bajo la influencia de una sucesión de policías y criminales, de Nintendos y Tortugas Ninja, Michael Jackson y Disneylandia.

"(...) Algo podemos hacer. Lo primero es hablar alto y claro, repetir con convicción que esas cosas son de tercera y que existen las cosas de primera categoría. Los profesores somos personas tolerantes y liberales. Creo que durante una generación, los que trabajamos en la enseñanza hemos sido demasiado tolerantes con sucedáneos baratos de alta cultura, demasiado deseosos de agradar condescendiendo con los gustos de nuestros alumnos en lugar de intentar que participen de los nuestros.

"(...) No basta decir que la escuela ha de ser una avanzadilla de la civilización en un mundo bárbaro, una isla de cultura en el océano de la trivialidad y la mediocridad que es la vida moderna. Es nuestro deber, nuestra elevada vocación, asegurar que la escuela lo sea realmente, enseñando lo mejor que se ha pensado, hecho y dicho.

"(...) Sólo introduciendo a los jóvenes en la mejor literatura, en la mejor música y en la mejor ciencia, les abrimos las posibilidades que laten en el espíritu humano y más allá de los límites de lo vulgar, y les hacemos capaces de contemplar y soñar".

El fomento de la amistad es una cuestión que, además de haber sido vivida y comprobada personalmente con enorme gozo, está también magníficamente reflejada en algunos clásicos. Por ejemplo, en este pequeño diálogo donde Jenofonte nos cuenta cómo Sócrates respondió al sofista Antifón, el cual trataba de atraerse a sus compañeros y estudiantes, y apartarlos de Sócrates manifestando que la vida de este no era feliz, especialmente a causa de su gran pobreza.

"Antifón, así como a otro hombre le procura placer un buen caballo o un perro, o un pájaro, a mi me deparan aún mayor placer los buenos amigos. Y si doy con algo bueno, se lo enseño a ellos y los presento unos a otros con miras a que sean recíprocamente útiles tocante a la virtud. Y junto con mis amigos recorro los tesoros de los hombres sabios del pasado que los dejaron escritos en libros que nosotros leemos con gran cuidado. Si encontramos algo bueno, lo recogemos y consideramos que se asegura gran provecho si logramos ser útiles a otro".

Espero con fundada esperanza que esta intervención mía les haya sido útil. Y que el diálogo que ahora comencemos sea el inicio de una larga y fecunda amistad. Muchas gracias.